
RUEDA DE PRENSA SEMANAL SOBRE COVID-19: PALABRAS DE APERTURA DE LA DIRECTORA — 11 AGOSTO 2020

11 Agosto 2020

Buenos días, gracias por participar en la sesión informativa de hoy.

Al 10 de agosto, se habían registrado más de 10,5 millones de casos y más de 390 000 muertes por COVID-19 en nuestra Región; Estados Unidos de América ha notificado cerca de 5 millones de casos y Brasil ha notificado más de 100 000 muertes.

Cada día se están notificando más de 100 000 casos nuevos en las Américas. Más de la mitad de estos se registran en Estados Unidos, pero también estamos observando picos preocupantes en lugares que habían logrado contener sus epidemias desde fechas muy tempranas, como Colombia y Argentina.

También observamos un aumento de casos en América Central, donde esta semana Belice notificó su número más alto de casos nuevos de COVID-19. Y en el Caribe, la República Dominicana notifica más casos que todas las demás naciones insulares juntas.

Estos números dejan claro que nuestra región permanece bajo el control de la COVID-19. Sin embargo, el virus no es la única amenaza para la salud de las personas. La pandemia también está alterando nuestra capacidad para controlar la transmisión de otras enfermedades infecciosas contra las que llevamos luchando varias décadas.

La Región de las Américas siempre ha estado a la vanguardia en la eliminación de las enfermedades infecciosas. De hecho, la prevención y el tratamiento de estas enfermedades fue lo que impulsó la creación de la Organización Panamericana de la Salud hace casi 120 años.

Sabemos que, en algunos países, las enfermedades infecciosas, como el dengue y la malaria, suponen una enorme carga para los servicios de salud y, junto con muchas enfermedades tropicales desatendidas (como la filariasis linfática, la leishmaniosis y la oncocercosis) tienen un impacto desproporcionado en las poblaciones pobres y en situación de vulnerabilidad, incluidas nuestras comunidades indígenas, igual que ocurre con la COVID-19.

En octubre del año pasado, los Estados Miembros de la OPS se comprometieron a aplicar un enfoque regional para eliminar en la Región de las Américas más de 30 enfermedades transmisibles y otros problemas relacionados para el 2030.

El progreso para lograr este hito ahora está amenazado, debido a la carga que la COVID-19 está imponiendo en los sistemas de salud y la interrupción de los servicios esenciales, incluidos los programas prioritarios de control de enfermedades, las iniciativas de eliminación y la inmunización de rutina.

Los servicios para enfermedades comunes como la tuberculosis, el VIH y la hepatitis se están viendo afectados.

Más de 80% de los países de América Latina y el Caribe informan sobre desafíos en la prestación del tratamiento de la tuberculosis. Si los pacientes se saltan dosis o interrumpen su tratamiento, una afección manejable puede convertirse rápidamente en una infección activa que amenaza no solo al paciente, sino también a su familia y a sus allegados.

El VIH es un ejemplo de un virus que sabemos cómo prevenir y tratar. De hecho, varios países de nuestra Región han logrado eliminar la transmisión del VIH de madres a sus recién nacidos, lo que representa un gran ejemplo del compromiso de nuestros países. Sin embargo, tenemos datos que indican que 30% de las personas que viven con el VIH evitan buscar atención durante la pandemia y, al mismo tiempo, los países tienen insumos limitados de antirretrovirales. Esto es preocupante ya que, sin acceso continuo a la atención y a los medicamentos, las personas que viven con el VIH tienen más probabilidades de enfermarse y contagiar a sus parejas.

Un tercio de los países de América Latina también están experimentando perturbaciones en el tamizaje de la hepatitis, que es clave para la detección y el tratamiento tempranos.

Las enfermedades transmitidas por mosquitos están muy extendidas en nuestra Región.

Además, puesto que nuestra capacidad colectiva para monitorear virus y patógenos también se ha visto afectada por la pandemia, también nos preocupa atrasarnos en relación con estas enfermedades.

En los primeros dos meses del 2020, la Región de las Américas notificó un aumento de 139% en los casos de dengue en comparación con el mismo período en el 2019. Sin embargo, desde que la COVID-19 comenzó a azotar nuestra región en marzo, los casos notificados de dengue han disminuido.

También hemos visto que la notificación de enfermedades transmitidas por mosquitos, como la malaria, ha descendido más de 40%, y se ha observado una reducción en la cantidad de personas que se están haciendo la prueba. Sabemos por tanto que estos datos no muestran un cuadro completo.

Sin una vigilancia sólida, no tenemos constancia de la medida en que estas enfermedades están afectando a nuestra población y, por lo tanto, no podemos planificar suficientemente los servicios y salvar vidas. Para enfermedades que son completamente curables, ¡esto es inaceptable!

Si bien es cierto que, debido a que muchos de nosotros estamos atrapados en casa, somos menos propensos a que nos piquen los mosquitos, la realidad es que los mosquitos y los patógenos que transmiten siguen circulando.

Y sin pruebas o tratamiento, los casos graves de enfermedades transmitidas por mosquitos podrían pasar de ser condiciones fácilmente tratables a provocar la muerte.

De hecho, estamos comenzando a ver que, en nuestra Región, y en realidad en todo el mundo, la gente está muriendo en proporciones más altas de lo normal, no solo por la COVID-19 en sí, sino por la incidencia de esta pandemia en los servicios de salud esenciales.

Aparte de las interrupciones en el tratamiento, los programas de prevención y control se están pausando o deteniendo durante la pandemia. Estos programas generalmente brindan a las personas las herramientas, los servicios y la información que necesitan para protegerse de infecciones como el VIH, la tuberculosis, la malaria, las enfermedades tropicales desatendidas y las enfermedades prevenibles por vacunación.

Y justo cuando estábamos haciendo un progreso significativo contra las enfermedades tropicales desatendidas, como la filariasis linfática, la esquistosomiasis y las geohelmintiasis, la pandemia interrumpió las campañas de administración masiva de medicamentos que son vitales para nuestros esfuerzos de eliminación.

En última instancia, es probable que estas interrupciones aumenten las tasas de infección en los próximos meses. A corto plazo, esto significa que sea mayor el número de personas que fallezcan por afecciones prevenibles y tratables y, a largo plazo, el progreso que hemos logrado en las últimas décadas podría perderse en unos pocos meses. Si estas dificultades continúan, es posible que incluso tengamos que revisar los objetivos de eliminación para algunas de estas enfermedades.

Pero no es demasiado tarde para prevenir estos resultados si los países toman medidas clave para rastrear y limitar el impacto de las enfermedades infecciosas durante la pandemia.

Como dije antes, los países deben lograr un equilibrio entre enfrentar la amenaza de la COVID-19 por un lado y mantener los servicios esenciales por otro, incluidos los que ayudan a controlar y prevenir las enfermedades infecciosas.

En toda la Región de las Américas, las clínicas locales, los hospitales urbanos y los laboratorios regionales recaban datos acerca de quién está enfermo y la causa de su enfermedad. También analizan el entorno para detectar cómo se propagan los virus y las bacterias para evitar que un puñado de casos lleve a brotes más grandes. Debemos asegurarnos de que nuestras redes de vigilancia de enfermedades continúen funcionando, especialmente durante la pandemia.

Los sistemas de salud también deben facilitar, no dificultar, que los pacientes reciban la atención que necesitan durante este período sin precedentes.

Aprovechar la telemedicina y ofrecer atención fuera de los entornos hospitalarios, por ejemplo mediante programas de extensión comunitaria y visitas a domicilio, será fundamental para garantizar que los pacientes puedan continuar recibiendo la atención médica y los medicamentos que necesitan para tratar sus afecciones de manera segura.

A medida que los países trabajan para proporcionar servicios esenciales y reanudar los programas de prevención, deben tener cuidado para proteger también a nuestros trabajadores de la salud, que están en la primera línea de esta pandemia. Nuestro personal médico, de enfermería y otro personal deben contar con el equipo de protección, los suministros y las tecnologías que necesitan para brindar atención de manera segura.

Todos estos cambios exigen que los países se comprometan a fortalecer sus sistemas de salud e invertir en la salud de sus poblaciones. Si bien el desafío puede ser abrumador, la pandemia nos ha demostrado que la salud es un requisito previo para el bienestar de nuestras sociedades y el éxito de nuestras economías.

Los países no pueden retrasar la lucha contra la COVID-19, pero tampoco debemos permitir que la COVID-19 nos retrase en completar la agenda inconclusa de eliminar y controlar las enfermedades infecciosas de nuestra Región. Los riesgos son demasiado altos tanto para nuestras vidas como para nuestras sociedades.